SOLDADESCA Y PICARESCA

(CONTINUACIÓN)

IX

Entre Sevilla y El Cuzco.

Si el aventurero es nave sin timón, poco puede extrañar que de Europa y Africa extienda sus correrías al Nuevo Mundo y al Extremo Oriente. Pero esto será accidental. Don Diego Duque de Estrada, que piensa un momento en la emigración, pronto se ve llevado por otro rumbo. El soldado Píndaro explica la facilidad que halla en una expedición oceánica. Y así nos dice de él y de su camarada don Francisco de Silva: «Teníamos los dos muy conformes deseos, anhelando por pasar a las Indias y dar al mundo (como si fuese España solamente) tres o cuatro rodeos». Antes de embarcarse, pues el tiempo que duran los preparativos es muy largo, tiene el héroe espacio de sobra para hacer y dar un curso de picaresca sevillana. Vistiéndose con colores y plumas y licenciosas galas de soldados, él y don Francisco hicieron más de dos travesuras.

«Desplegamos las hojas y aun las manos con tan buena for»tuna—cuenta Píndaro—que en dos días, sin tres pelos de barba, se »nos daba lugar en el corral de los Naranjos, digo, entre los oficiales »de la Muerte, ministros del dios Marte».

Allí los dos expedicionarios se hacen amigos de Afanador el Bravo, natural de Utrera, archimandrita del famoso colegio; allí conocen al presidente de los rufianes, Pero Vázquez. Allí obtienen la estimación de los graves senadores Alonso de la Mata, Palomares, Gonzalo Geniz y otros próceres de hampa.

Por una extraordinaria casualidad, sin procurarlo, se les viene a las manos un cofre, «abreviado Potosí», del que sale «no Júpiter en »lluvia para gozar a Dafne, no Baco en falsas uvas para engañar

»a Hesione, sino pedazos de oro, doblones de dos caras, diversos »bultos envueltos con papeles: uno, cruz de diamantes, otro, ricas »sortijas y otros con dos sartas de perlas, gargantillas de aljófar, pre»tadores, firmezas, bandas, manillas y una grande cadena».

Convertidas en moneda las alhajas, excepto ciertas joyas, que podían venderse con mejor ganancia en Indias, el aventurero lleva una caja de mantos y medias de seda, cincuenta resmas de papel y cantidad de agujas. Hace el viaje con su amigo en la flota, agasajados ambos por el general, que era don Luis de Córdoba, hermano del Marqués de Ayamonte. Ir, vender la mercancía con provecho y volver, todo fué uno.

¿Qué ve en las Indias? Nada describe de ellas. Nada le impresiona. Hasta de las frutas queda desencantado. Las come en la Habana, en Cartagena y en Puertobelo; pero aunque las encarecen Acosta y el Palentino, aunque otros las tienen por peregrinas, plátanos, guayabas, zapotes y aguacates le saben a jirapliega y ungüento blanco. No hay en ellas nada de los sabores que escriben los cronistas y geógrafos.

«Y trocara contento cuantas miré en las Indias por seis guindas »de España, dos peras bergamotas, cuatro uvas moscateles o un »melón de Guadix».

Aquí se ve al hombre que no ha estado en América. Y lo mismo aparece en el relato que hace el real o supuesto don Juan de Peralta, caballero indiano, gobernador de Jalapa, que tan detenidamente habla de su aventura mejicana. No es fácil persuadirse de que todo ello pase de una invención escrita por quien nunca se alejó dos leguas del Manzanares. El libro se llama bien «suceso y novela».

Para encontrar al auténtico caballero indiano, hay que entrar en relaciones íntimas con don Alonso Enríquez de Guzmán, y él nos explicará por qué emigra el aventurero y por qué vuelve tan presto de América. Un día se encuentra don Alonso perplejo. Tiene que emprender algún camino: o va al servicio del Emperador, o va a Nápoles, donde es Virrey un hijo del Duque de Alba, con cuya casa tiene algo que ver, o va a las Indias. La cuestión se discute en la Corte y Chanchillería de su propio juicio, y el interesado nos transcribe la sentencia definitiva:

«Llamadas y oídas las partes, vistos todos los provechos e incon»venientes de ejecutar lo postrero (ir a las Indias), porque me dicen

»que hay bestias extrañas, fieras de cien mil maneras, para ver si me »matarían, y brevemente despacharme desta presente vida, o traer »con qué la pueda sufrir, porque lo primero paréceme que es largo »y peligroso y engorroso: peligroso para el ánima, que aquí se me »asienta el albarda, deseando que se mueran para ser beneficiado; »engorroso porque los que viven pueden las más veces más que yo, »y llévanme lo que he deseado de entre las manos, y cuando venga »a tener de comer, a bien de librar que Dios me quiera dar vida para »lo esperar, y el Emperador hacienda para lo gozar, no tendré »dientes con qué lo mascar. Pues lo segundo, habiendo servido »hombre a un Rey, no me parece que es bien comenzar a servir »a Visorrey. Es menester saber que en estas Indias hay mucho oro y »plata, y moneda amonedada, parte pendiente calenturas y otras »enfermedades muchas; pero también es bien que sepáis que donde »está el peligro allí está la ganancia, y que quien no aventura no ha »ventura, y que trais en las letras de mis banderas de las capitanías »que he tenido, las cuales son pardas, y unas letras de oro que dicen así: *Quien no teme la muerte, goza la vida*».

En esta forma confusa y animada, insustancial y chocarrera, explica lo que es América para el aventurero: una tierra donde ha de hacerse breve estancia, con grandísimos peligros, y de donde se ha de volver sin dilación a los goces de la vida inquieta. América es el refugio de la imprevisión desesperada. Y desde los primeros días se establece la diferencia entre las dos emigraciones: una de hombres que buscan su segunda patria en el Nuevo Mundo, y otra de golondrinas que tornarán con la próxima estación. El aventurero don Alonso, mal visto en Sevilla por todo el mundo a causa de su carácter pendenciero, rechazado por el Emperador, pues los bufones cansan pronto, sin esperanzas de que el virrey de Nápoles le dispense una acogida extremadamente calurosa, intenta la experiencia indiana, dejando su casa puesta para volver a ella.

Se embarca el último día de septiembre de 1534. Pero antes de que la nao se dé a la vela, llega cédula prohibiendo el viaje. ¿Qué hacer? El maestre y patrón debe impedirle que salga, bajo penas de perdimiento de vida y hacienda si contraviene a la orden real. Pero ya el equipaje del viajero está embarcado, su renta vendida por dos años, determinada la voluntad. Todo lo aventura y todo le sale bien. Baja de la nao *Santa María la Bella* y entra en la villa de Sanlúcar

de Barrameda, donde escribe al Emperador diciéndole que no es traidor aleve, ni ladrón homicida, ni confeso nieto de quemados vivo, únicas personas excluídas legalmente. Se va, pues, remitiéndose la real clemencia. Y se va. ¿Cómo? Esta es la parte que más nos interesa para evocación de la época. Ha salido la nao, dejando a don Alonso en tierra. El a su vez toma un barco, acompañado de sus cinco criados, y espada en mano, salta a bordo de la nao. El maestre, de seguro, sólo por fórmula se le opone con las armas. Esto le justificará cuando quiera reclamársele por haber desobedecido la cédula.

Mientras don Alonso pasa el Océano, conviene dilucidar un punto.

¿Es un aventurero auténtico o un audaz calculador que explota su valor como el mercader su habilidad para las combinaciones?

Oigamos a don Alonso:

«Dejo mi mujer con unas casas en Sevilla y otras en Santiponce, »una aldea do queda contenta y con mi deseo, porque es muy hon»rada y cristiana mujer; bien proveída su casa de cosas necesarias y »apacibles. Mi intención es—agora que estoy en la nao os la puedo »decir—traer 4.000 ducados o 40.000 ducados, según la disposición »desta tierra y de mi persona. Si fuesen los cuatro, repararé mis casas »y mis ovejas, porque tengo 500, y diz que éstas han de ser 1.000, »porque tanta costa traen menos y es menos el provecho; otros 2.000 »para reparar mis 70.000 maravedís qus tengo de por vida de mer»ced, hacerlos, si pudiere, de deuda de 14 o a 15 o a 20; 500 para una »veinticuatría; los 500 que faltan para 4.000, para caballos y calzas y »camisas. Si fuesen los 40.000 ducados, será como ellos quisieren, »porque a tanta multitud no quiero presumir de forzar y sojuzgar.»

Esto parece un capítulo del *Arte de hacer inversiones*. Ahora sólo le falta ganar los 4.000 o los 40.000 ducados. Sale bien de la prueba. Vuelve con más de lo que podía esperar, y con una experiencia que nunca hubiera imaginado.

Si al escribir no diera pruebas de su total carencia de dotes narrativas, el libro tendría mayor interés que el del *Clérigo agradecido*, pues don Alonso ve, observa, compara y penetra hasta el fondo de las cosas. Sus noticias desconciertan en ocasiones, porque no se sabe si cuando habla lo hace el viajero o el payaso. En una ocasión escribe: «Año de Nuestro Salvador de 1533, Cuaresma, me confesé y recebí el Santísimo Sacramento, como cualquier fiel cristiano lo debe hacer. Entre otras cosas de que me quise enmendar, fué decla-

rar, como declaro, que muchas cosas van en este libro, así por hacer buenos vocablos como propósitos e consonantes compuestas, para poner apetito al que le viere; y aunque mucha de la sustancia dél es verdad, digo que crea cada uno lo que debe creer, para no hacer perjuicio a su conciencia ni a la mía.» A este inconveniente, subsanable mediante la crítica del lector, se añade otro, y es el de la ausencia de ese encanto que produce el que sabe encadenar los hechos de sus relaciones.

La experiencia indiana de don Alonso nos instruye. Comprobamos que al Nuevo Mundo se va para adquirir oro, y que eso lo hacen hasta los aventureros. Don Alonso, truhán, bufón y pendenciero en Sevilla, vagabundo en Italia y en Alemania, en las islas Baleares ha podido ser soldado, y en América pasa por negociador, tratante, político y militar, todo esto con lucimiento.

En el archipiélago de las Canarias se prepara de alma y cuerpo para el peligroso viaje, como él puede hacerlo, sin dejar un momento de dirigir puyas envenenadas el prójimo. Sabe que el Conde de la Gomera está en una ermita de Nuestra Señora del Buen Paso, cerca del lugar, y piensa que si el prócer ha ido a ese recogimiento por devoción, hará bien para su alma, o para su cuerpo si lo que quiere es no lloverse en su astrosa casa.

Después de esta piadosa observación, él también acude a las devociones y después a los pasatiempos:

«... como cristiano, me reconcilié y recebí el Santo Sacramento, y »me recreé y holgué dos días, y tomé los refrigerios y refrescos que »pude y hallé, especialmente una esclava, gran cocinera, que compré, »porque mis criados no lo sabían bien hacer, y me embarqué en »seguimiento del dicho viaje. De aquí se me volvió un criado a Se»villa, temeroso de la mar, y recebí otro en su lugar del que se vol»vió. No hizo mal estotro, Dios lo sabe. Lo mismo hiciera yo si por »vergüenza no me fuera, porque los hombres de cuenta y honra, pri»mero que comiencen las cosas, las han de mirar, y si las comen»zaren, tragar como purga, aunque sepa mal. Solamente os digo, y »con esto quiero este capítulo acabar, que bienaventurado es el po»bre que no quiere ser rico y el rico que no quiere ser pobre».

Viento próspero, mar bonancible, viaje feliz y arribo a la isla Española, que encuentra de su gusto. La Audiencia le da un puesto de gobernador en Santa Marta, y se prepara a embarcarse cuando

llega la noticia de que ya se ha provisto la plaza y que pronto estará en Santo Domingo el Adelantado de Canarias, don Pedro de Lugo, con su hijo Alonso Luis y 500 hombres de armas.

Hay que pensar en otra cosa.

«... y luego determiné partirme para el Perú, tierra nueva »descubierta, do, diz que, como adelante, si vivo, y escrebiré, veréis, »hay infinita cantidad de oro, sin cuenta y sin medida, aunque no »cuesta barato, ni menos en la vida, porque de cien hombres mueren »los ochenta; mas hágome otra cuenta, que es la del físico del Rey »de Inglaterra, que diz que le dijeron que si lo sanaba, le darían una »ciudad, y si no, le ahorcarían; el cual respondió que era contento »porque con lo uno o con lo otro salía de necesidad. Ansí lo sé yo »que nunca lo mucho costó poco.»

Por mal pilotaje, desembarca en un punto apartado de la Tierra Firme, y de seis caballos que lleva, vende tres. Envía los otros a Panamá. El se reembarca, y llegado a Nombre de Dios, cruza el istmo. En Panamá, a últimos de marzo, toma pasaje para el Perú, con las escalas de San Mateo y Punta de Santa Elena. En Tumbes empieza a probar los beneficios de la tierra, pues vende uno de sus tres caballos al sevillano Alonso Garcés, quien le da «mil pesos de oro de a 450 maravedís cada uno, e setenta marcos de plata fina, fundida y marcada».

Junto a un río o junto a un rico. Enríquez de Guzmán hace algo mejor: se arrima a un pródigo. Aun con todas las pérdidas sufridas durante la contienda civil, parece que sale bien aprovechado de su estancia en el Perú, gracias a la munificencia de Almagro.

No es este el lugar de hacer la historia de la intervención de don Alonso en aquellas luchas, pues su papel queda englobado en el de los conquistadores, materia de otro estudio. Bastará decir que este truhán supo ser árbitro entre Pizarro y Almagro, que tomó después el partido del segundo, y que estuvo a punto de morir a manos de los soldados pizarristas, escapando, si hemos de creerle, por manifiesto milagro, o dándole fe a medias, por obra del unto dorado con que ablandó a sus ejecutores.

Y aquí entra algo de lo más extraño de esta singular psicología. Si sólo tuviéramos los datos de su registro autobiográfico, los rechazaríamos cuando habla de los grandes y memorables hechos en que tomó parte, y sin embargo, todo ello es verdad, comprobada por no-

ticias de escritores veraces, como Cieza de León, o por documentos que figuran entre los coleccionados por don José Toribio Medina. Es de suponer que don Alonso, habituado a la mentira en los sucesos insignificantes de sus aventuras, se siente dominado cuando su personalidad queda empequeñecida o anulada por los acontecimientos de la historia o por los espectáculos de la naturaleza. Aquí vemos otro hombre que se engañará, pero no engaña.

Ya he dicho algo de sus observaciones, a veces llenas de perspicacia, con frecuencia envueltas en formas graciosas o impertinentes.

Desde el mar empieza a hacerlas. Después de veinticinco días de no ver más tierra que la del fogón de la cocina, llega a las islas de los Caribes. De Santo Domingo habla en pocas líneas que son suficientes, pues la pinta como «ciudad nombrada, fértil y abundante de todas las cosas del mundo, y mucho más de lo que no nace ni se hace en ella, especialmente los hombres, pues no toparéis con ninguno que no dé buena cuenta de sí, porque son osados y experimentados.»

De los indios de Castilla del Oro, tiene una de las dos opiniones que han de luchar por imponerse. Para don Alonso, el indio es el hombre natural, inocente, desnudo, imbele, sin pasiones ni vicios. Es la inocencia primitiva: «como fuéramos nosotros si Adán no pecara.» Tampoco el indio peca. Vive sin envidia ni malicia. No tiene moneda ni oficiales.

Otra es la tierra, y otro es el indio del Perú, «do hierro precian más que oro; la plata danla de balde.»

Y así continúa:

«Acá estoy debajo de la línea equinocial, perdido el norte; no »aprovecha más mirar al cielo que al suelo para vello. La gente es »bárbara; hay mucha; es muy temerosa que le hagan mal y daño. »Es muy engeniosa. Tienen y hacen muchas ropas de diversas ma»neras y colores, hermosas, de lana de ovejas, y de pluma, y de oro »y plata tirada. Y deste metal, grandes vajillas labradas, muchas »piezas y aforros galanos, y provechosos para el frío, que es un frío »pintado el de Burgos, y aun el de Alemaña.»

Aquí con una impresión real se da una noticia falsa. El emparamamento no es el clima peruano, sino el accidente de una marcha en determinadas condiciones.

Hay que reconocer el mérito de su resumen sobre aquel país de

oro, plata y piedras preciosas, que abundan «como tierra.» Habla de sus nuevos señores, Pizarro y Almagro, «dos pobres hombres que con sus bateas sustentaban sus vidas (en Panamá), y vivían contentos»; pero que después de la fabulosa conquista «son casi reyes, y pueden dar más que todos los del mundo juntos, porque cada día hacen merced de diez, y veinte, y cuarenta mil vasallos». Sin embargo, «andan como dos pobres compañeros en sustancia y en apariencia; no saben leer, ni escrebir, ni firmar.»

Pero de estos dos analfabetos siempre se expresa,—es de notar el hecho,—con una reverencia que nunca siente por los más grandes soberanos del Viejo Mundo. Cuando el Emperador le pide noticias del monarca de Portugal, contesta desvergonzadamente:

«Señor, vi un rey gordo, pequeño de cuerpo, con pocas barbas, mancebo y no muy discreto».

¿Hablaba así por adular a Carlos V?

De ningún modo. Es su falta de acatamiento, puesto que del mismo Emperador trata como de hombre para él de muy poca cuenta.

Refiriéndose a la acción del río Albis, o Elba, dada el 24 de abril de 1547 (la célebre batalla de Mühlberg), escribe:

«Ha sido la mayor victoria que S. M. ha habido, «porque la »Cristiandad y su honra estaban en muy gran peligro. El Duque de »Alba dice que el Emperador ganó esta victoria con su saber y es»fuerzo. El Emperador dice otro tanto del Duque. Yo no sé cuál »dice verdad; más creo que entrambos mienten, porque no lo hizo »sino Dios».

No tenía grandes razones para querer y admirar a Carlos V y al Duque de Alba, tanto como al desprendido Almagro y aun a Pizarro, que también le había dado buenos escudos contantes y sonantes.

Estaba resentido, además, porque el Emperador, en carta del 25 de abril de 1538, demostrándole que no le olvidaba, puesto que le llamaba para que se presentase, le hablaba de prisión. Acudió el indiano, y el 26 de junio de 1540, estaba en Madrid. No le valieron ni la influencia y compañía de Hernán Cortés, ni la de Hernando Arias de Sayavedra, primogénito del conde del Castellar, para que el Consejo de Indias, sin verle ni oirle, mandase darle aposento en casa de un alguacil de corte.

Así acaba la aventura indiana de D. Alonso, de importancia muy secundaria como viaje, si la comparamos con el que hace Domingo

de Toral a Flandes, bajo las órdenes de D. Francisco Lasso, y a la India portuguesa, donde pelea bajo las de D. Miguel de Noronha. Goa, Ormuz, Mombasa le son familiares. Vuelve por Persia. Hace el camino de Ormuz a Ispahan, y de allí a Babilonia. Se embarca en Alejandreta y llega a Barcelona, después de haber ido desde Lisboa hasta Calicut, por la ruta de Gama. Este es viaje, y este un viajero que sabe contar, en prosa sencilla y condensada, la lucha con el escorbuto, las campañas del mundo oriental y todas las peripecias del soldado.

Pero hay que hablar aquí sólo de aventureros, y no de militares, salvo cuando sean apicarados. Dejo también, aunque valgan mucho más que el libro de D. Alonso, los de Cieza de León, Alvar Núñez, Bernal Díaz, y otros que pertenecen a la bibliografía histórica. También habrá que prescindir, para estudiarlos en otra monografía, de los que, como el del *Clérigo agradecido*, son del género de la novela geográfica.

CARLOS PEREYRA.

(Continuará).